

El interno aguardaba en la puerta. Cuando llegaron Alejandro y Tomás, éste, con los ojos, sin atreverse a proferir palabra, hizo la pregunta. El alumno le echó al cuello los brazos y no habló palabra tampoco.

— ¡Muerta!... ¡Muerta!... ¿Cuándo fué? ¿Cómo fué?

— A las doce, en una extinción lenta. Sin dolor, sin conciencia de que moría.

— Quiero verla... ¿Podría verla?...

— No hay obstáculo. Está en el depósito. Venid. Aunque — añadió mirando a Tomás — mejor fuera dejarlo. Será un rato muy duro.

— Razón de más para que vaya.

Guiados por el interno, atravesaron extensas galerías. Ganaron un jardín, descendieron tres escalones, cruzaron un pasillo, hizo girar el alumno una puerta,

y se hallaron en el depósito. A su fondo, sobre un ancho estante aferrado con cinc, había tres cadáveres.

El de la izquierda era un varioloso. Su cabeza constituía una pasta roja, un amasijo blando por donde chorreaba el pus; el otro cadáver era un herido en riña: sobre sus cejas se dibujaba el agujero cónico de la bala. Entre los dos hombres dormía su último sueño Encarnación.

Tomás, empinándose sobre la tarima, trepando por ella, arrodillándose en el hueco que dejaba la cabeza del varioloso, se inclinó hacia la muerta y besó aquellos labios entreabiertos por una contracción que parecía una sonrisa. El frío de la muerte, ese frío a ningún otro igual, se le entró en la sangre con el beso. Por un segundo se imaginó muerto también, sepultado con Encarnación en una urna de cristales de hielo. Al bajar del estante, al recular hacia la pared, hubo de sostenerse contra ella para no caer redondo.

Entonces vió realmente a Encarnación. Al penetrar en el depósito, más que guiado por sus ojos, impulsado por su alma, fué inconscientemente hacia aquel bulto de mujer del que sólo se le aparecían precisas, llamándole con dulce imperio, las pupilas engarzadas en los párpado lapislázuli.

Ahora contemplaba el cadáver clara, totalmente, como lo dejaron la agonía y los hombres.

La agonía había desfigurado el rostro y tumefaccionado el cuerpo; el vientre, con su bárbaro abul-

tamiento, remarcábase sobre la ropa como si quisiera hacerla estallar; las manos daban contra el cinc. En la comisura de los labios burbujeaba un espumarajo negruzco; los párpados eran dos brochazos azules.

Los hombres fueron más crueles que la agonía con la muerta. Sus cabellos, sus largos y rizosos cabellos, habían desaparecido. Trasquilados por tijeras inhábiles, se erizaban contra la piel del cráneo formando escalones, dibujando en ella calvas irregulares que recordaban las cabezas de los tiñosos. La ropa con que ingresó en el hospital no ceñía su cuerpo. Sólo dejaron, para mal encubrirla, el gabanote que puso encima de su traje cuando fué en busca de Tomás. Ni intención pusieron en abrochar todos los botones del gabán. La carne surgía por los desabroches del paño; abierto el gabán en su parte inferior, se tendía a un lado y otro del estante mostrando unas piernas sin calzas y dos pies desnudos, amoratados hacia el tercio inferior de las uñas.

El alumno les dió explicación de estos hechos. Las ropas se guardaban para devolverlas a las familias, si éstas las reclamaban; si no, para repartirlas entre gentes menesterosas; el pelo se cortaba para evitar obstáculos. Las hermanas se lo vendían a los confeccionadores de peluquines y añadidos. «¡Después de todo!... El cabello no se estudia en la salas de disección.»

—¡Salas de disección — dijo roncamente Tomás —. ¿Van a llevarla allí?

— Como a todos. Le harán la autopsia, para que la Ciencia estudie sus despojos. Al fin y al cabo, son estas criaturas, que el desamparo nos entrega, quienes cumplen más noblemente su misión. Después de muertas continúan siendo útiles al bien de las humanidades.

— ¡No!... ¡No! — gritó el joven —. No quiero que la descuarticen; que su carne, ya de todos en vida, siga siendo en muerte de todos. Tiene derecho a que en la muerte, siquiera en la muerte, la dejen los hombres en paz. Habrá medios para evitar ese nuevo ultraje. Indícamelos.

— Reclamando el cadáver, haciéndole entierro de pago, no es difícil arreglar el asunto. Como el envenenamiento y sus causas están diagnosticados y declarados con absoluta precisión, el médico de la sala, rogándoselo yo, no hará hincapié en la autopsia. El pelo y las ropas te serán devueltos si quieres conservarlos. Eso sí, de resolver el enterramiento de pago, hay que hacerlo antes y con antes. El cadáver debe pasar hoy a San Carlos si nadie lo reclama.

— ¡Aguardadme, aguardadme! — dijo Tomás —. Lograré, alcanzaré que este cuerpo vaya a la fosa entera, sin que nadie vuelva a manosearlo.

Fué su madre quien lo hizo. «No hay dinero en casa — dijo a Tomás doña Dolores —. No importa. Mira — siguió, abriendo un mueblecillo de caoba con incrustaciones de marfil, resto único de sus bienestares antiguos —, estos pendientes, estos dos brillantitos, son la sola alhaja que conservo. No quería des-

prenderme de ella; fué el regalo de boda de tu padre. Empéñalos o véndelos. Con lo que te den por ellos entiérrala. Y tráeme su pelo. Lo guardaré en la caja donde guardo la cruz laureada. En la caja de las reliquias.»

A la vuelta del cementerio donde acompañó a Encarnación con los amigos del cenáculo, rogóles que se fueran, que le dejaran.

—No temáis ningún arrebato, ninguna acción irreflexiva — dijo —. Tranquilo estoy; pero quiero estar solo.

Sus amigos —por algo eran inteligentes— no opusieron reparos, y Tomás quedó solo, acodado sobre la balaustrada del puente de Segovia, con los ojos puestos sobre las aguas infectas del río que deslizaba sus ondas por bajo de los arcos.

Olores de cloaca ascendían del Manzanares. Un grupo de chiquillos, con harapos a media pierna, se perseguía en la corriente, arrojándose bolas de fangos que, al aplastarse contra sus carnes, chorreaban por ellas volviéndolas hollín. El sol, reflejando sobre los churretes, les daba un barniz purulento.

Tomás, cambiando de actitud, volvió la cabeza en dirección del camposanto. Por los muros asomaban, recortándose sobre el espacio, como dibujados con tinta, llorones sauces y puntiagudos cipreses. Al pie de uno de éstos se hundía la hoya de Encarnación.

Recordaba entonces Tomás que en aquel mismo puente, cuando iba con sus amigos acompañando el ataúd, un grupo de obreros se había descubierto para dar un adiós a la muerta. Fué el único saludo respetuoso que rindieron a Encarnación los hombres; para recibirlo necesitó morir.

Los pensamientos que durante sus horas de espera a la puerta del hospital sacudieron la conciencia del joven, acudieron a ella otra vez, pero más firmes, más determinados, más precisos.

Tomás pudo redimir a la muerta. Por obra del amor, todos los gérmenes de bondad y honradez que en el alma de Encarnación sembrara la Naturaleza habrían fructificado, desbordando en gallardos brotes. Bastara un esfuerzo de Tomás para que los brotes hubieran echado fortísimas raíces y parido espléndidos frutos. Él los despreció, los abandonó. Hizo algo peor: arrancar los brotes y lanzarlos contra surcos de infamia. Acostumbrados ya a otra atmósfera, los brotes no quisieron prender y se condenaron a muerte. Cuando Tomás reconoció su culpa, cuando quiso enmendarla, era tarde; la muerte había hecho su oficio.

Pero si no a la de Encarnación, ¿no podría contri-

buir a otras redenciones? ¿no sería intentarlo pagar su culpa y ofrecer a la muerta un desquite?

Como en la noche de la espera frente al edificio hospitalario, la conciencia de Tomás, engrandecida por el dolor, generalizaba, ensanchaba el problema.

Encarnación no era un individuo, era un símbolo. El símbolo de toda una casta desarrollada en ambientes de infamia, de prostitución y miseria. Los que a ella se inclinaban, se inclinaban para explotarla. Concluida la explotación, abrían la mano y la dejaban caer encogiendo los hombros. ¿No demandaba esta iniquidad voces enérgicas, acciones viriles que se alzaran contra ella? Lo que Tomás no pudo hacer por Encarnación, ¿podría intentarlo en beneficio de su casta infeliz?

Debía intentarlo. El hecho particular fué advertencia agria, señalamiento imperioso del camino a seguir. El camino estaba frente a él, lo veía claro a la luz brillante del sol, descompuesta sobre el río fangoso.

A procurar el advenimiento de un mundo nuevo donde abandonos, injusticias, ignorancias, prostituciones y miserias no pudieran ser; donde la humanidad toda comulgase en altares de amor, debían tender sus esfuerzos.

Correspondía esta obra a los fuertes. Él lo era. Si hasta entonces titubeó, si marchó torpemente, en zig-zag, fué porque marchaba entre sombras. El cadáver de Encarnación había alumbrado las sombras. No vacilaría. Estaba seguro de sí mismo. El mozo se

convertía en hombre. «A la obra, desde el minuto aquél.»

Dos lágrimas, saltando por los párpados de Tomás, cayeron en las aguas del río.

Fueron las últimas.

El poeta irguió su busto varonil, y con paso firme, con la decisión en los ojos, hizo cara a Madrid, que resplandecía bajo los incendios del sol en el amplio horizonte.

FIN DE LA NOVELA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

- El suicidio de Verther.*—Drama en cuatro actos y en verso.
La mejor ley.—Drama en tres actos y en verso.
Los irresponsables.—Drama en tres actos y en verso.
Honra y vida.—Leyenda dramática en un acto y en verso.
El Duque de Gandía.—Drama lírico en tres actos y un epílogo, en verso. Música de Ruperto Chapí.
Luciano.—Drama en tres actos y en prosa.
Juan José.—Drama en tres actos y en prosa.
El Señor feudal.—Drama en tres actos y en prosa.
Curro Vargas.—Drama lírico en tres actos y en verso.
 En colaboración con Manuel Paso. Música de Ruperto Chapí.
El tío Gervasio.—Monólogo en prosa.
El león de bronce.—Monólogo en prosa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO"
 Apdo. 1025 MONTERREY, N. L.